

La calle para el martes 7 de julio de 2009
Diario de un espectador
Tres monos
por miguel ángel granados chapa

El coche de Servet marcha por una solitaria carretera, bajo la lluvia. De pronto, un golpe saca de su ensimismamiento al conductor. Baja del vehículo y comprueba angustiado que ha matado a una persona. Nadie lo ha visto y se aleja del lugar sin prestar auxilio a su víctima. Pero cuando se dispone a alejarse los pasajeros de otro vehículo probablemente toman nota de la placa del automóvil implicado en el accidente, si bien no vieron a quien lo manejaba.

La angustia de Servet no nace de su compasión por la persona a la que arrancó la vida. Es su propia suerte la que le preocupa. Es un empresario que se ha metido en la política. Las elecciones están próximas y si llega a saberse que atropelló a alguien y lo abandonó, su derrota estará asegurada. Teme que los testigos hayan dado parte a la policía y de un momento a otro sea requerido para que narre lo acontecido.

Discurre entonces una historia que lo ponga a salvo. En efecto su coche causó esa desgracia, pero no era el propietario quien conducía, sino su chofer, un hombre llamado Eyup que casi sin pensarlo acepta la extravagante proposición de su jefe: si dice que él conducía el auto, se confiesa autor del homicidio involuntario y acepta ser condenado, Servet buscará que la pena sea leve, de unos cuantos meses. A cambio, Eyup recibirá una buena cantidad de dinero, una parte al momento de aceptar, otra parte en forma del salario que seguirá entregando a su familia y un monto mayor a la salida de la prisión.

La familia de Eyup se desconcierta por el trato, pero termina admitiéndolo, porque significa alivio a su siempre crítica situación económica. El chofer está casado con Yacer, una mujer a la que no obstante su sensualidad él ya no aprecia como pareja, consumido por la rutina conyugal. El hijo de ambos, recién salido de la adolescencia, no sabe qué hacer con su vida. No le va bien en la escuela y no se afana por trabajar.

De modo que Eyup queda preso y aunque Servet pierde su elección, el pacto queda firme. El salario es puntualmente pagado. Yacer lo recoge en la oficina del patrón. Y ella y su hijo viajan una vez por semana, en tren, desde su descascarado departamento en los suburbios de Estambul, a la vera del ferrocarril, a visitar al reo voluntario.

Un día, sin embargo, ella pretexta algo relacionado con su propio trabajo y sólo Ismail visita a su padre. La ausencia de Yacer inquieta a Eyup, que quizá algo barrunta. Pregunta quién recoge la paga e Ismail miente diciendo que él lo hace. Ninguno de los dos lo dice pero quizá sospechan lo mismo. Otro día en que ella tampoco viaja a ver a su marido, Ismail anuncia que irá pero no lo hace tampoco. Un accidente lo hace ensuciar su ropa y volver sin aviso a casa, y antes de lo previsto por su madre, que ha entrado en relaciones íntimas con Server, de lo cual se percata Ismail, pero guarda silencio, ante la madre y el padre. Cuando conforme a lo pactado éste queda en libertad, se entera de que recibieron un anticipo de lo ofrecido, para comprar un automóvil, lo que lo lleva a incrementar sus sospechas.

Servet sera poco tiempo después asesinado. Eyup y Yacer sospechan que su hijo ultimó al patrón. Saben por qué lo hizo. Pero nadie pregunta ni nadie dice nada. Por eso la cinta del laureado director turco Nuri Bilge Ceylan se llama Tres monos. El título alude a la imagen, proveniente de la cultura china, de la doctrina de Confucio, en que tres simios aparecen uno cubriéndose la boca con las manos, porque no quiere hablar. Otro se tapa las orejas porque no quiere oír. Y el tercero los ojos, porque no quiere ver.

Eso ocurre a Yacer, Eyup e Ismail. Se ocultan unos frente a los otros. No ventilan sus culpas, no desahogan sus acusaciones. Nadie pide ni otorga perdón. Aunque sigan juntos, la familia está rota.